

SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Vivir cerca de la adicción o la disfunción a menudo nos prepara para vigilar de cerca las señales externas de seguridad. Aprendemos a medir la paz por el comportamiento, el estado de ánimo o las decisiones de otra persona. Con el tiempo, nuestras vidas espirituales pueden empezar a reflejar ese mismo patrón. Podemos dar la impresión superficialmente de estar tranquilos o fieles, mientras que internamente llevamos ansiedad, resentimiento o agotamiento. La recuperación redirige dócilmente nuestra atención de controlar los resultados hacia cuidar nuestro propio corazón.

El Evangelio de este domingo continúa con el Sermón de la Montaña que predica Jesús, retando esa fe que sigue centrada únicamente en la conformidad exterior. Jesús no desestima la ley. En cambio, revela su propósito más profundo, atendiendo lo que existe debajo de nuestras acciones. Les habla a los lugares ocultos donde la ira, el miedo y el desprecio echan raíces silenciosamente.

La lectura del Evangelio de este domingo nos muestra a Jesús predicando (Mateo 5:17, 21-22):

Jesús dijo a sus discípulos: “No piensen que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento... Han oído que se dijo a los antiguos: No matarás y el que mate será llevado ante el tribunal. Pero yo les digo: Todo el que se enoje con su hermano, será llevado también ante el tribunal.”

Jesús considera como espiritualmente significativas las actitudes internas, incluso cuando no se ha causado ningún daño visible. Para familiares y amigos, esto puede resultar tanto inquietante como liberador. Puede ser que no seamos nosotros quienes recurrimos a conductas adictivas, pero nuestra vida interior puede estar dominada por el control, el resentimiento o una creencia evidente de que todo depende de nosotros. Las palabras de Jesús nos invitan a reconocer que nuestros corazones también merecen atención y sanación.

La recuperación nos enseña que la serenidad no proviene de controlar las decisiones de otra persona. Crece a medida que entregamos lo que no podemos arreglar y asumimos la responsabilidad de nuestra propia condición espiritual. El desapego, bien entendido, no es ni separación ni castigo. Es un acto de confianza que permite a Dios ser Dios mientras nosotros nos enfocamos en vivir con fidelidad, un día a la vez.

La Segunda Lectura refuerza esta invitación a confiar en la forma de actuar de Dios. San Pablo nos recuerda que la sabiduría divina no se alinea con el deseo terrenal de vivir con certidumbre o en control (1 Corintios 2:6-7):

Hermanos: Es cierto que a los adultos en la fe les predicamos la sabiduría, pero no la sabiduría de este mundo ni la de aquellos que dominan al mundo, los cuales van a quedar aniquilados. Por el contrario, predicamos una sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido oculta y que fue prevista por Dios desde antes de los siglos, para conducirnos a la gloria.

La recuperación nos hace madurar educando a la paciencia con la incertidumbre. Elegir la serenidad en lugar del control puede parecer arriesgado, especialmente cuando el temor lleva mucho tiempo moldeando nuestras reacciones. Sin embargo, a medida que practicamos el desprendimiento, descubrimos que la sabiduría de Dios a menudo trae paz de formas más serenas y menos espectaculares. Nuestra libertad crece no porque las situaciones se solucionen, sino porque nuestros corazones se entrelazan menos con las consecuencias.

Las enseñanzas de Jesús sobre permitir que nuestro “sí” signifique sí y nuestro “no” signifique no, se refiere de manera directa a establecer límites en la recuperación. Muchos de nosotros aprendimos a negociar, calmar o darnos explicaciones para mantener la paz. La recuperación motiva a una diferente forma de relacionarse, basada en la honestidad, la claridad y la compasión.

Hablar con sinceridad no es un acto de agresión. Es una expresión de confianza en el cuidado de Dios para todos los involucrados.

Como familiares y amigos, contribuimos a la sanación, no componiendo a los demás, sino permitiendo que Dios nos transforme. Cuando buscamos la sabiduría de Dios, practicamos la entrega y vivimos con integridad, nos convertimos en testigos silenciosos de la libertad que Dios desea para todos sus hijos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿De qué formas ha afectado tu propia paz interior el enfocarte en el comportamiento de otra persona, y qué has aprendido sobre la entrega como parte de la recuperación?
- ¿Dónde notas que el resentimiento o el control echan raíces en tu corazón, y cómo podría estar Jesús invitándote a tener una sanación más profunda?
- ¿Qué significa dejar que tu “sí” y “no” sean honestos en tus relaciones actuales?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Eclesiástico 15:15-20

SAL. RESP. Salmo 119:1-2, 4-5, 17-18, 33-34

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 2:6-10

EVANGELIO Mateo 5:17-37